

## La épica menuda de la vida

CON EL TÍTULO de *Los Cuadernos de Lolita*, Dolores Juan Merino publica el diario que llevó durante 21 años, de 1953 a 1974, y que con una frecuencia irregular comprende, desde la juventud a la madurez, la parte central de su vida. Es, ante todo, el diario íntimo de una mujer sin una imagen pública conocida y con una andadura laboral, humana y familiar común a la de la mayoría. No se busque aquí, por tanto, nada extraordinario, escandaloso ni dramático. Al contrario, este testimonio personal alcanza, en mi opinión, una significación colectiva, pues en su experiencia de mujer, urbana y trabajadora, podemos ver representada la de tantas mujeres de los años 50, que no han dejado escritos personales o no los han transmitido.

Entre nosotros son todavía excepcionales los diarios de mujeres; se publican pocos incluso entre las escritoras. En este momento recuerdo (y mi memoria podría traicionarme) que en los últimos meses se han publicado sólo dos en castellano: el volumen tercero y póstumo de Rosa Chacel y el de Carme Riera, *Tiempo de espera*. Y esto es tanto más sorprendente, cuando sabemos, por las encuestas realizadas, que el diario como práctica cultural es sobre todo una escritura de mujeres.

Un diario llevado durante tanto tiempo como el de Dolores Juan es un observatorio privilegiado desde donde seguir el devenir de una vida, pues en él quedan registrados los hechos, deseos o logros que la han ido configurando y modificando a través de los años. Un diario escrito durante tantos años recoge por fuerza preocupaciones diferentes según las edades de la vida y cumple también funciones distintas. En estos *Cuadernos*, que muchas veces prescinden de la fecha en las entradas, cabe distinguir al menos dos tonos, dos ritmos y dos funciones diferentes, que se corresponden con dos etapas biográficas bien caracterizadas, cuyo hito separador es la boda de la diarista.

La primera parte abarca desde la primavera de 1953 a mayo de 1956, justo un mes antes de contraer matrimonio; la segunda comienza en 1957, después de una significativa pausa de más de siete meses, y llega hasta 1974, en que se cierra el diario. A cada una de estas partes, de extensión temporal tan distinta,

corresponde igual número de páginas, lo cual habla por sí sólo de la dispar intensidad y frecuencia de ambas. Al tono deliberativo y reflexivo de la primera parte, exaltado a veces, como corresponde a un momento de apasionamiento amoroso, que mete al diario en un tempo lento y expectante, le sucede en la segunda parte otro de referencias externas, en que se acelera el ritmo de las anotaciones, acrecentado por las notables lagunas entre entrada y entrada, y donde las numerosas efemérides retrospectivas y prospectivas quieren reforzar ese hilo de la continuidad, por encima de las forzosas fisuras temporales.

Como se deducirá los hechos y argumentos de ambas partes están igualmente diferenciados y delimitados. La primera parte corresponde con bastante exactitud a lo que podríamos denominar "un diario de soltera". Su arranque está motivado por el conocimiento y la amistad con el hombre que llegará a ser su marido. En esta primera parte, todo gira en torno a la relación amorosa con él. Las primeras entradas de hecho son como cartas o soliloquios reflexivos, cuyo destinatario o interlocutor expreso es este hombre, primero admirado, después amado. Estas anotaciones del inicio del diario prolongan en cierta forma las conversaciones, que no pudieron acabarse, en las que se dice lo que no se pudo ni se quiso decir, y que la joven se atreve a tratar sólo en la soledad del cuaderno.

El diario es un termómetro sentimental, que toma la temperatura a la relación, que indica las oscilaciones entre la plenitud y el fracaso y que relata el recorrido ascético de la enamorada por los estadios del conocimiento, amistad, noviazgo, compromiso y boda. En ese camino, el avance es lento, hecho de retrocesos y vueltas, de inseguridades íntimas y de obstáculos objetivos. En su cuaderno la diarista intenta calmar sus inquietudes. La principal es la otra mujer que el hombre idealiza en la distancia e intensidad de una romántica relación epistolar. Para la enamorada ésta es la única interposición en su deseo, y su fantasma da lugar a los momentos más depresivos del diario, pero también a los más lúcidos, aquellos en que la autora (años 50, no lo olvidemos) pone en entredicho el papel del matrimonio y la posible realización de la mujer fuera de éste, aunque finalmente no conciba, de manera tácita, otra forma de realización personal que el amor matrimonial.

Como ya dije antes, la segunda parte se inicia después de una prolongada pausa de más de siete meses, expresiva del cambio vital experimentado después de la boda y de la diferente función que comenzará a cumplir el diario en el periodo conyugal. Hasta entonces había sido un cómplice y un compañero, una forma de espera y un modo de vivir más intensamente la relación amorosa. Servía o pretendía servir para comprender al otro y para comprenderse, para desahogarse y afirmarse interiormente.

A partir de ahora el diario mira hacia fuera, atento a registrar sobre todo los cambios exteriores de la imperiosa y exigente vida familiar. La instancia comprobativa de la diarista se satisface en anotar para guardar memoria de las cosas vividas, con un deseo inconsciente quizá de dar consistencia a un ser que todavía se siente frágil. Si la primera parte se podía entender como un relato ascético-amoroso, esta segunda bien la podemos considerar como la "épica menuda" del vivir cotidiano: la conquista de los pequeños logros materiales, el nacimiento y crianza de los hijos, los afanes por mejorar en el trabajo, etc. Mención especial merecería la forma de registrar los cambios de vivienda familiar, las sucesivas casas habitadas como símbolos o jalones de la realización personal. En las casas quedan no sólo las huellas del vivir cotidiano, sino que son la extensión y el reflejo de la intimidad propia. Son nuestros diarios habitados.

Además de estos dos argumentos principales del diario, hay que destacar una serie de entradas que, como interludios musicales, rompen y varían los motivos básicos. Son entradas para recapitular los hechos no anotados en su momento o se vuelve a ellos ahora cuando ya han concluido. En ocasiones son relatos descriptivos de excursiones o viajes largos, apuntes literarios de un realismo lírico logrado y semblanzas de familiares muertos entre las que destaca el emocionado y extenso *requiem* por la muerte de su padre. También hay que destacar los episodios en que la diarista se refiere a su trabajo de matrona: las dificultades, inconvenientes y exigencias que tenían los partos cuando todavía se nacía en las casas. Por desgracia, son pocos los que aquí se anotaron, y los echamos en falta, pues conformarían un testimonio social y médico impagable.

Mucho se habla del ombliguismo del diario, del carácter intransitivo de esta escritura, y muy poco de la posible función de comunicación interpersonal y de acercamiento a la realidad que puede cumplir. En esas ocasiones el diario es algo más que un mero ejercicio narcisista o autocomplaciente. Estos *cuadernos* citan reiteradamente, sobre todo en la primera parte, otro diario que la diarista lee y comenta, al que unas veces replica y otras respeta, al que intenta comprender siempre: el diario de su novio, que llegará a ser su marido, José Fernández-Arroyo, autor de unos interesantísimos diarios,<sup>1</sup> que fueron comentados en este mismo *Boletín* (1998, n.º 3). Estos diarios de Dolores Juan y José Fernández-Arroyo, los editados más los posibles inéditos que pudieran publicarse, así como los desaparecidos de los que tenemos noticia,<sup>2</sup> constituyen un espacio diarístico excepcional en España, pues no hay, creo, entre nosotros ningún otro ejemplo de diarios de una pareja llevados en paralelo, cuyos textos se refieran y pongan a dialogar dos versiones, contrarias o coincidentes según los casos. Por esta razón, aunque no es propósito de esta reseña realizar un análisis comparativo ni tenemos espacio para un cotejo más pormenorizado de ambos diarios, son notables la coincidencia de temas y la diferencia de tratamiento. La familia, sus desvelos y exigencias, la escritura y su imposible dedicación, con las angustias y frustraciones que acarrea, y sobre todo Edelgard, como referencia común y elemento de complicidad o desencuentro, son asuntos recurrentes en ambos diarios, pero les distingue obviamente la apreciación femenina o masculina de cada uno. Me veo obligado a resumir: creo que lo que marca la diferencia entre *Los Cuadernos de Lolita* y los diarios de Fernández-Arroyo es el realismo de la mujer, apasionada y entregada siempre a su familia, y el insatisfecho idealismo del hombre. Ambos diarios están presididos por la lucha en hacer realidad unos deseos juveniles que se posponen una y otra vez, pero mientras el realismo femenino se aferra a los logros conseguidos, el idealismo masculino, aunque no los desdeña, no puede verlos sino como el resultado de una renuncia, de una íntima frustración. El diario de Dolores Juan registra la distancia entre lo que se aspira y lo que la realidad ofrece, y aunque lo conseguido no logra acallar esa devastadora evidencia, al final realiza la transacción vitalista de que la vida a pesar de todo merece ser vivida. Esa sería la diferencia básica entre estos dos

diarios que comparten tantas cosas y al mismo tiempo son tan distintos.

Cuenta A. Girard en su clásico y magnífico estudio, *Le journal intime*, cómo Lamartine rescató el diario de su madre: lo reescribió en parte, lo pulió, cortó y añadió según su criterio, publicándolo bajo el título de *Le manuscrit de ma mère*. Quizá no sea ésta la forma idónea de editar los diarios inéditos, pero tampoco es la suerte que suelen correr la mayoría de los diarios de personas desconocidas, pocos son más bien los que tuvieron el privilegio de escapar de la fosa común de los inéditos o de la simple conservación respetuosa. O como Girard dice de manera enfática: "Cuántas personas, como la Señora Lamartine han llevado un diario, hombres o mujeres, de los que nunca sabremos ni el apellido ni el nombre, porque no tuvieron un hijo ilustre. Cuántos cuadernos o folios sueltos han debido encontrarse así entre los papeles de los muertos, y conservados poco o mucho tiempo por una mano piadosa antes de ser destruidos, prolongando sólo un instante la existencia material de los que los habían emborronado con tanta paciencia y habían puesto allí toda su alma. Cuántos seres desconocidos, que nunca tuvieron la intención de llegar a ser escritores, han llevado pues registro de los acontecimientos de su vida". Por esto, y por las anteriores razones mencionadas, la edición de un diario de autor desconocido, y por tanto previsiblemente condenado a perderse o a quedar olvidado en un desván, nos llena de regocijo y no nos hace sentir más que agradecimiento, por este gesto de generosidad, a los que lo han hecho posible.

## Notas

<sup>1</sup> Edelgard, *diario de un sueño* (1948-1953), Diputación de Ciudad Real, Biblioteca de Autores Manchegos/Autobiografía, 1991, 339 pp., y *Diario de un intento* (1954-1997), Madrid, Cantahueso-Paramigos, (autoedición) 1997, 271 pp.

<sup>2</sup> La autora se lamenta con justicia de la destrucción de un diario, por miedo a que le fuera indiscretamente leído, cuando trabajó en Barcelona para la familia de J. M., como puericultora de una niña recién nacida. (*Los Cuadernos de Lolita*, pp. 113-115.)